

PRÓLOGO

Muerte. La olía. Muerte y oscuridad con olor a azufre.

Ciarran D'Arbois giró lentamente observando la quietud de la noche, el impenetrable bosque a menos de cien metros y la larga, desierta y solitaria carretera de tierra.

Un poco más adelante, en medio de la calzada había un coche casi aplastado, con un lateral desgajado como si estuviera hecho de papel y no de metal, con los bordes arrugados y ennegrecidos por el fuego. Las llamas aún iluminaban con su resplandor el cielo nocturno, aunque en ese momento habían comenzado a disminuir. No había señales de otro vehículo y los restos calcinados de la ranchera estaban demasiado lejos de cualquier árbol para haber impactado contra uno.

Pero el hechicero sabía qué había provocado el daño, y no era de este mundo. Curvó los labios con repugnancia y buscó con la mirada entre las sombras.

Miedo. Horror. Aquéllas eran las emociones que él percibía, tan primitivas y toscas que se palpaban en el aire, una masa incorpórea que emanaba de los dos mortales sin vida que yacían en el camino. Pálida y cubierta de sangre, la mujer había caído sobre la tierra con las largas extremidades en un ángulo antinatural. El hombre había sido seccionado por la mitad, y su sangre se filtraba entre la fina grava.

El aire brillaba tenuemente en torno a los cuerpos mientras las almas flotaban sin rumbo, revoloteando confundidas tras tener que abandonar los cuerpos que las albergaban antes de tiempo. Miraron a Ciarran con cierta desesperación y él se dio la vuelta, atormentado por no poder sanarlos. Tras haber vivido más de mil años, de ser durante ese tiempo el guardián del muro entre las dimensiones, el muro que separaba el mundo de los hombres y el de los demonios, todavía no era capaz de controlar adecuadamente la empatía.

Realmente ridículo. Después de todo, había sido testigo siglo tras siglo de la muerte y el sufrimiento, y debería haber encontrado la manera de que no le afectara. Sus compañeros en la Alianza de Hechiceros —la hermandad de los seres mágicos que mantenían el equilibrio entre lo sobrenatural y lo mundano— se habrían reído de él si conocieran su debilidad. ¿Qué importaba la muerte de dos mortales?

Y aun así, una parte de él quería hacer que las almas de los humanos regresaran a los cuerpos, sanarlos con el poder de su magia, darles la oportunidad de vivir aquella vida que les había sido arrebatada con tanta brutalidad.

Pero sanarlos significaba quebrar el Pacto, el acuerdo eterno que gobernaba las acciones de todos aquéllos que poseían facultades mágicas; un acuerdo que se remontaba a mucho antes de que los hombres comenzaran a medir el tiempo.

Así que Ciarran se dio la vuelta y se movió con rapidez hacia el muro que contenía la llegada de los demonios, una barrera invisible para los ojos humanos pero no para los suyos. Estaba dañada; de hecho, tenía una enorme brecha. Despidiendo filamentos brillantes desde la yema de los dedos, los pasó suavemente por los deshilachados bordes de la nada. Incluso ahora, la fisura se contraía, despidiendo volutas de humo con olor a azufre. Ciarran asimiló toda la información que pudo, percibiendo el discreto rastro de un demonio y un olor fétido y pútrido.

Ciarran era consciente de que había algo más allá, algo horri-

ble, antiguo y fuerte. Un ser terrible y oscuro se había infiltrado en el mundo de los hombres. Percibió aquella espantosa fuerza y, entrelazado con ella, el débil perfume de demonios menores, sometidos por la jerarquía. Sin embargo ellos no habían logrado traspasar la barrera; un pequeño alivio.

Trabajó con rapidez para reparar la fisura. Aquella era su tarea, su deber principal. Detener a los demonios. Proteger a la raza humana de todos los que pudieran venir algún día. Él podía moldear el muro a su voluntad con la magia de sus manos.

Selló el hueco. Entonces escuchó un leve sonido, una boqueada... Fue cuando vio a la niña.

Estaba a sólo diez pasos. El impacto la había lanzado a una zanja, donde respiraba cada vez más débilmente. Tenía un corte en el abdomen por el que asomaban los intestinos que se derramaban sobre la hierba. El brazo izquierdo ya no existía y tenía una pierna cortada. Su cuerpo estaba tendido sobre un charco de sangre. Se preguntó si aún estaría viva. Luego pensó que, si lo estaba, sería sólo por pura fuerza de voluntad. ¡Qué trágico desperdicio!

Una rápida valoración le indicó que la niña estaba a punto de morir. Había perdido demasiada sangre. Tenía demasiados daños. Aquella niña moriría. La medicina humana ya no podía hacer nada por ella.

—Mami... —susurró—. Está muy oscuro...

Él sintió una opresión en el estómago.

—Mami... —repitió con voz apenas audible—. Me duele... la barriga...

Curarla, y por consiguiente interferir en el ciclo de la vida, estaba prohibido por el Pacto, pero podía confortarla, ofrecerle cierto consuelo paliativo, aliviar su sufrimiento. Ciarran invocó su poder y envolvió a la niña en la magia, ofreciéndole todo lo que podía darle. Tomó su dolor, deseando que ella pudiera encontrar la manera de partir al más allá sin seguir padeciendo la agonía que ya sufría.

La niña parpadeó, giró la cabeza y él sólo tuvo un instante

para darse cuenta de que ella le veía, de que percibía su aura y su poder, su magia, aunque semejante cosa no debería haber sido posible pues él había elegido refractar la luz y permanecer oculto a la vista humana.

Cuando la criatura le tendió la mano, Ciarran se quedó paralizado. Presa de una abrumadora sensación de incredulidad, la vio coger uno de los hilos de la ondulante y brillante corriente que salía de su puño y llevársela a la barriga. Entonces, él despertó de su parálisis e intentó recuperar su magia, pero la niña no la soltó, y aprovechó el poder que de ésta emanaba para curarse a sí misma: una niña humana a punto de morir.

Imposible.

Aquello quebraba todas las leyes del Pacto, pero no hubo manera de impedirlo. Ella le había robado su magia. Se había curado sola.

Aquella niña era algo insólito que él jamás había encontrado antes, y por un instante se concentró totalmente en ella.

De repente, Ciarran se puso rígido. Supo que había cometido un error, que ya no tenía tiempo de darse la vuelta y utilizar su poder. Un astuto demonio se había aproximado por detrás sigilosamente.

Y ya era demasiado tarde.

Luego, sólo sintió dolor.

CAPÍTULO 1

A Ciarran D'Arbois le hubiera gustado que hiciera más frío. Sólo unos cuantos grados. Los suficientes para que el aguanieve que caía sobre él se convirtiera en agradables y esponjosos copos de nieve. Era inmortal, no impermeable. Mojarse le resultaba tan desagradable como a cualquier humano.

La diferencia era que sólo con pensarlo Ciarran podía estar seco, parar el aguacero y caminar en medio de un halo de luz del sol aunque fuera medianoche. En cambio decidió soportar la cortina helada de lluvia. Aunque no hubiera ninguna ley en contra, no era muy dado a convocar la magia para asuntos triviales.

O tal vez fuera que tenía una marcada tendencia a sufrir para expiar sus inmensos pecados.

Se levantó el cuello de la chaqueta de cuero y caminó con decisión por la calle, un par de pasos por detrás de dos mujeres que se apiñaban bajo un gran paraguas. Ambas volvían la cabeza cada dos por tres para mirarle y, en un determinado momento, la más baja le invitó con audacia a cobijarse con ellas bajo el paraguas.

La más alta, una rubia, movía las caderas al andar de una forma que atraía la atención de cualquier hombre y le impedía apartar la mirada, aunque dicho hombre no estuviera interesado en la invitación. No, eso no era exactamente así. Él estaba interesado, pero era lo bastante inteligente para no aceptarla.

Ella quería llevarse un hombre a la cama, pero Ciarran dudaba de que quisiera despertar al lado de un monstruo.

Sacudiendo la cabeza y con una pecaminosa sonrisa, redujo la velocidad y dejó que se alejaran. La rubia le echó un último vistazo por encima del hombro. Tonta.

Justo delante estaba su punto de destino, un bar destartalado de mala fama. La clase de sitio que más le gustaba a Darqun. Los labios de Ciarran se curvaron en una mueca de asco. Era el tipo de lugar que él prefería evitar.

Un sonido metálico atrapó su atención y al instante la corriente de energía que formaba el *continuum* brilló débilmente, una anomalía en el entramado de dimensiones. Otra vez. Últimamente, cada vez con más frecuencia, la línea de fuerza mágica titubeaba, trayendo oscuridad y una advertencia. Había un indicio de azufre, un susurro de maldad. Se detuvo y se dio media vuelta para quedar frente al callejón, a su derecha.

En las sombras, cuatro figuras voluminosas se apiñaban en torno a un cuerpo tumbado en el suelo, un macho humano, golpeado y magullado a causa de una paliza. *Híbridos*. Medio humanos y medio demonios, acólitos del Solitario, un demonio de poder y maldad inmensos, que era la mayor amenaza para el muro entre las dimensiones. Atrapado detrás de ese muro, el Solitario esperaba y planeaba su fuga.

Los demonios no podían vagar por el mundo de los hombres a menos que fueran convocados, y una vez llamados quedaban ligados a la persona que los hubiera invocado, situación que encontraban molesta y aborrecible. De ahí la aparición de los *híbridos*, mortales estúpidos que al verse frente a la muerte habían decidido permitir que el demonio se apoderara de sus almas.

Los *híbridos* eran capaces de recorrer la tierra cumpliendo las órdenes de sus amos. Sin embargo los demonios rara vez lo revelaban todo. Nunca advertían de que, aunque los *híbridos* podían vivir durante mucho, mucho tiempo, su existencia transcurriría en medio del dolor. Un dolor infinito y diario, que sólo se aliviaría con la muerte. Ciarran había encontrado a más de una de

esas criaturas, agradecida por la liberación. Pero ahí estaba la trampa, en la enorme tentación de liberarlos a todos y disfrutar haciéndolo.

Al percibir la presencia de Ciarran giraron la cabeza, sus ojos brillando en la oscuridad, los labios mostrando unos dientes largos y afilados. Pensaban alimentarse con la carne del hombre caído a sus pies después de darle una paliza. Tenían predilección por la carne blanda.

La rabia se apoderó de él. Estaban en su territorio, acechando a un mortal que se encontraba bajo su protección.

Ciarran se concentró en el rítmico tamborileo de la lluvia, en el chapoteo de los neumáticos en la calle mojada que tenía a su espalda, en la respiración jadeante de los *híbridos*. Buscando en su interior, contuvo su furia y esperó hasta estar seguro de que sabían quién era, hasta que se volvieron del todo hacia él.

La presa se puso de lado con un gemido y se levantó tambaleándose. Tropezó, se enderezó y luego empezó a andar con dificultad, arrastrando una mano por la pared de ladrillo cubierta de pintadas, para ayudarse. Los acres olores a alcohol y sudor rancio llenaron el aire mientras se alejaba arrastrando los pies. Los *híbridos* le dejaron marchar, concentrados ahora en una presa más importante.

Ciarran sonrió. Cuatro a uno. Le gustaban las probabilidades.

Se adentró en el callejón, cerró la mano izquierda, sintiendo el intenso dolor del tendón desgarrado y el hueso destrozado, curados unas dos décadas antes de forma aparentemente normal. Normal si uno no se fijaba demasiado, si no apartaba el guante de cuero dejando a la vista una funda de aleación, protegida por un hechizo, diseñada para contener la putrefacción que amenazaba con extenderse y apoderarse de todo lo que era.

Las sombras se movieron y los cuatro *híbridos* le rodearon con cautela. Uno de ellos sostenía un cuchillo largo con hoja de sierra. Otro portaba un bate de madera. Armas mortales, de muy poco valor en una batalla contra un hechicero.

Ciarran se deslizó a un lado, dándoles una oportunidad, aun-

que cada célula de su cuerpo clamaba por luchar. Les estaba ofreciendo la posibilidad de escapar, de encontrar un agujero en el que esconderse. Él ya había logrado su objetivo: salvar al humano. Sus escrúpulos, el hecho de que no mataba *híbridos* por muy intensas que fueran su ira y su sed de sangre, era lo que diferenciaba al hechicero del demonio.

El dolor en su mano enguantada se intensificó, recordándole que había días en los que se preguntaba durante cuánto tiempo más sabría hacer esa distinción.

—Largaos —ordenó, haciendo un gesto con la mano para enfatizar su oferta de indulto.

El *híbrido* que llevaba el bate se acercó, golpeándolo contra la palma de su propia mano. Se produjo un destello de movimiento. Los ojos de la criatura se apartaron de Ciarran y se posaron en uno de sus compañeros.

—Todos a la vez, idiota —dijo.

En lo de idiota tenía razón. Ciarran ni se molestó en volverse al percibir el ataque y notar la sed de sangre de su atacante. Extendió los dedos de la mano derecha y de ellos partieron unos afilados rayos de luz que bailaron a través del pavimento mojado. Su magia, alimentada por el *continuum*, la energía del dragón, el eterno río de energía elemental que sostenía todos los reinos mortales e inmortales. Luz y oscuridad en perfecto equilibrio.

Ciarran esquivó el ataque, pero el *híbrido* giró y arremetió de nuevo. Una llamarada de luz, y el cuchillo del *híbrido* cayó al suelo con estruendo, todavía unido a un puño recién seccionado. La criatura emitió un alarido de dolor y rabia.

—Marchaos —repitió Ciarran.

El *híbrido* del bate aceptó la oferta y desapareció con torpeza por el callejón, abandonando a los demás a su destino.

Atacaron todos a una, como deberían haber hecho desde el principio. Ciarran giró la muñeca y lanzó otro filamento mortal que se enroscó en el cuello del *híbrido* más próximo. La cabeza siguió el mismo camino que la mano y voló por los aires antes de aterrizar sobre el suelo mojado con un golpe sordo. Se alzó

una niebla gris y luego los restos se desintegraron, convertidos en una masa siseante y burbujeante.

Una serie de luces destelló desde lo alto a través de la sucia ventana delantera del Blue Bay Motel, dispersándose sobre las paredes descoloridas. Clea Masters saltó sorprendida. Se había figurado que la noche iba a ser un fracaso. Bueno, pues se había equivocado. Al parecer el Blue Bay iba a tener un huésped de pago esta noche.

Arrugó el pañuelo de papel y lo tiró a la papelera, debajo del mostrador de recepción. Cogió aire y se miró la cara en el espejo que colgaba en la pared de al lado. Sus ojos parecían amoratados y tristes, y las marcas de la máscara de pestañas corrida aumentaban el efecto de desolación. Se pasó un dedo por la humedad que salpicaba sus pestañas inferiores, parpadeando para evitar el picor. Las lágrimas nunca cambiaban las cosas. Lo único que hacían era irritar su piel y enrojecer sus ojos.

Desde luego no resucitaban a los muertos.

Se peinó el pelo, largo hasta los hombros, con los dedos, estirándolo para darle una ligera apariencia de pulcritud. No es que fuera mucho, pero por lo menos no asustaría a nadie.

La puerta de un coche se cerró de golpe. Clea se levantó y a través de la ventana vio que un hombre de pelo negro se alejaba tres pasos del vehículo aparcado. El hombre se detuvo, se giró y ella le oyó decir algo a través de las viejas paredes, con un tono que parecía preocupado, tal vez incluso enfadado, aunque no consiguió entender claramente lo que decía. En ese momento sacudió la cabeza y habló más deprisa, haciendo que las solapas abiertas de su chaqueta se movieran con sus rápidos movimientos.

Se paró justo debajo de la luz exterior y Clea pudo verlo con claridad. Era bastante joven. Camisa blanca. Traje oscuro y arrugado que no era de su talla. Sin abrigo. Sin auriculares. Sin audífono. Se dio media vuelta y continuó hablando permitiendo que ella viera el otro lado de su cara. Tampoco allí había auriculares. O sea, que no estaba hablando por el manos libres de un móvil.

—... tu cuidador... —Se alejó y al moverse la voz quedó amortiguada. Luego se alzó, agitada, y Clea entendió retazos de la conversación—. Harás lo que yo te diga... ¡Quédate en el coche!

Se apoyó en el mostrador y se inclinó hacia delante, tratando de ver con quien estaba hablando. Allí no había nadie más. Nadie dentro del coche. Nadie al lado del coche. Estaba solo.

Cerró las puertas del vehículo con el mando a distancia, haciendo grandes aspavientos, apuntando con un dedo la ventanilla, luego el mando y vuelta a empezar. Después se volvió, corrió hacia la recepción del motel y abrió la puerta de un empujón de modo que ésta chocó contra la pared con un sonoro golpe. Hizo una mueca y sus ojos se movieron sin control a un lado y a otro.

Al ver a Clea se acercó de una zancada al mostrador y plantó las manos sobre la vieja y manchada tabla de formica.

—Una habitación —ordenó con un gruñido sordo. Un salivazo voló por encima de la barra, aterrizando en forma de gota blanca y espumosa a poca distancia del dedo meñique de Clea. Ella retiró la mano y se apartó, bastante asqueada. El tío olía a sudor rancio y a miedo—. Deme una habitación.

—Serán treinta y cinco dólares —Intentó sonreír, pero algo en los ojos de él se lo impidió—. Sólo aceptamos efectivo.

Él frunció el ceño, como si no entendiera sus palabras.

—Necesito una al otro extremo del motel —dijo—. Con una cerradura que funcione. Le pagaré por la mañana.

—Nuestra... mmm... Nuestra política es que el dinero vaya por delante. —Clea se rodeó con los brazos al sentir un escalofrío. Se preguntó si no debería hacer una excepción, sólo por esta vez. Entregarle una llave para que saliera del vestíbulo y se alejara de ella.

—¡No tengo dinero efectivo! ¿Quién coño lleva dinero en efectivo encima?

Cierto, ¿quién? Él tenía razón, pero el señor Beamish se negaba a pagar las comisiones a las empresas de tarjetas de crédito. Decía que era cuestión de principios.

El fulano respiraba profunda y rápidamente, lanzando miradas hacia la ventana y al coche. El coche vació.

A no ser que... Había alguien en el maletero... Clea sacudió la cabeza. ¡Joder! No necesitaba eso. Esta noche, no.

—Tal vez debiera usted seguir su camino señor. No tiene más que ir hacia el este. Justo donde la carretera de circunvalación se une a la principal hay un motel nuevo. —Lo intentó con un pequeño soborno—. Disponen de cafeteras en todas las habitaciones. —El tipo necesitaba cafeína, parecía estar a punto de subirse por las paredes—. Y aceptan tarjetas de crédito.

Él miró por encima de su hombro, se quedó mirando la ventana y a través de ella al coche. Clea le imitó pero siguió sin ver nada.

—Necesito una habitación. Sólo necesito una habitación —repetió él monótonamente, sin dejar de mirar por la ventana—. Con una puerta que se cierre. ¡Joder!

Clea frunció el ceño, preguntándose si habría oído algo de lo que acababa de decirle.

La voz del hombre se alzó de pronto, sobresaltándola.

—Deme una habitación, maldita sea. No tiene usted ni idea...

Entonces se giró. Clea encontró su mirada y se estremeció. Fríos. Sus ojos estaban muy fríos. Muertos. Como si hubiera abandonado la esperanza hacía mucho, mucho tiempo.

Tragó saliva, dirigió la vista hacia la ventana y se preguntó qué era lo que él creía ver ahí que le trastornaba tanto y le había privado de toda esperanza.

Sacudiendo su cabeza, reforzó su decisión y acercó los dedos al teléfono. Se tardaba menos de dos segundos en marcar el 911. Lo sabía. Lo había cronometrado.

Por supuesto el Blue Bay estaba situado en una zona aislada de la carretera, al norte de la ciudad. Antes de que construyeran la circunvalación fue una vía muy transitada; ahora estaba desierta. La ayuda tardaría por lo menos veinte minutos en llegar, pero no quería pensar en eso.

Durante un instante eterno, él sostuvo su mirada con aquellos ojos sin vida clavados en ella, poniéndole los pelos de punta.

Los pelos de punta, sí. Verdadero miedo, no. Le obligó a apartar la mirada. A lo largo de los años Clea había aprendido que era capaz de defenderse de casi cualquier amenaza.

Bueno, puede que no fuera defenderse exactamente... pero en su interior había algo que no permitía que sufriera daño. Una especie de extraño poder psíquico que ya poseía de niña. Las tripas se le hacían un nudo, como si las aplastara un cinturón demasiado ajustado, y de su cuerpo brotaba un estallido de luz, acabando con cualquier amenaza que lo hubiera convocado. Un chico borracho de una fraternidad que por lo visto no sabía lo que quería decir no. Un grupo de chicas que la habían acosado en el instituto.

Aquella luz había sido lo bastante fuerte como para salvarle la vida la noche del accidente en el que murieron sus padres. Sin embargo, nunca le habló a nadie de la luz, ni siquiera a la abuela.

¡Demonios! Se había visto las reposiciones de Expediente X. Todos los episodios. Tres veces por lo menos. No tenía ganas de acabar encerrada en algún laboratorio secreto, siendo pinchada, estudiada y examinada.

El tipo rompió el contacto visual y salió de la recepción, agitando los brazos a la vez que seguía discutiendo con el amigo imaginario que había dejado encerrado en el coche. Clea se estremeció cuando se volvió a mirarla a través del cristal con el rostro convertido en una máscara de dolor y pesar.

Sus emociones parecían un poco exageradas. Lo único que ella había hecho era negarle una habitación.

Respiró con nerviosismo, le vio abrir de un tirón la puerta del conductor y meterse en el coche. Cuando arrancó, dejó escapar un suspiro de alivio.

Se hundió en su asiento despacio. Llevaba cinco años trabajando en el Blue Bay. Era un trabajo tranquilo. Un trabajo nocturno donde le pagaban con puntualidad y que le permitía estudiar a la vez que ganaba lo suficiente para evitar que la abuela y a ella acabaran viviendo en la calle.

La abuela.

Clea tragó saliva, luchando contra el intenso dolor de la pena reciente.

El viejo Beamish le había enviado una tarjeta de pésame y le ofreció que se tomara la noche libre, pero ella no podía imaginar nada peor que volver esa noche al apartamento vacío. Completamente sola. Con la abuela muerta.

De modo que estaba allí sentada, detrás del mostrador de recepción de formica beige del Blue Bay Motel, con una vieja foto de la abuela enmarcada en madera a su lado como única compañía.

Deseando poder adormecer sus pensamientos y emociones, rebuscó en su atestada mochila y sacó su ajado ejemplar del *Atlas Fotográfico de Anatomía Humana*. Estaba empezando a ver una pauta. Se había pasado la mitad de la noche hablando con una imagen de la abuela.

Que estaba muerta.

Y ahora se dedicaba a contemplar imágenes de cadáveres disecionados.

Que estaban muertos.

Se llevó las manos a la frente y apretó fuerte.

Sí. Decididamente era una pauta.

Clea se quedó mirando el atlas. Necesitaba estudiar. Quedaba menos de una semana para los parciales.

—De acuerdo. La arteria subclavia izquierda del arco de la aorta —murmuró—. Origina la arteria vertebral que asciende por el interior del foramen transversal de la parte superior de las seis vértebras cervicales... —Su voz se apagó y suspiró.

Sí, tenía que estudiar, pero su corazón no estaba ahí. La facultad de Medicina había sido el sueño de la abuela y, durante mucho tiempo, Clea pensó que también era el suyo. De modo que, al terminar el Instituto, trabajó un par de años hasta que ahorró lo suficiente para un fondo de estudios y después obtuvo una diplomatura en Ciencias Biomédicas. Trabajó otro año. Fue aceptada en la facultad de Medicina. Asistió los dos primeros

años, sufriendo a cada paso del camino, sabiendo a ciencia cierta que deseaba ayudar a la gente, pero preguntándose si de verdad quería hacerlo por medio de la medicina.

La verdad era que le gustaba su vida tranquila, pulcra, ordenada y segura. La medicina era perfecta en un sentido: la gente enfermaba, la gente necesitaba médicos. No podía escoger una carrera más segura. Siempre sería necesaria y querida.

Aún así, la facultad de Medicina parecía ser, en cierto modo, inapropiada.

Los últimos meses había estado durmiendo mal y apenas comía. El instinto le decía que su intranquilidad se debía a algo más que al horror de ver a la abuela durante los últimos días de su vida y que era más que un simple síntoma de tensión. Era una sensación que provenía de su interior. Una inquietud. Un nerviosismo. Casi como si una parte de sí misma estuviera luchando por salir a la superficie.

Sólo pensar en ello hizo que la sensación avanzara y creciera en su interior como una serpiente, rodeando sus huesos, entre sus músculos, serpenteando y girando, dándole ganas de subirse por las paredes.

Como el tío extraño e histérico que acababa de estar allí.

Genial.

Ahora se estaba asustando a sí misma.